

nos, y como aquel héroe de la Grecia, yendo á la conquista de otro universo, no os reservásteis más que la esperanza!

CAPITULO IX.

SAINT-DENIS (SAN DIONISIO).

Véanse antiguamente cerca de París las sepulturas más famosas que han hecho los hombres. Los extranjeros iban en gran número á visitar las maravillas de *Saint-Denis*. De allí sacaban una profunda veneración á la Francia, y se volvían diciendo dentro de sí mismos como san Gregorio: *Verdaderamente que esta nación es la mayor entre todas las naciones*. Pero levántese un furioso huracán de la cédera al rededor del edificio de la muerte: estrelláronse contra él las olas de los pueblos, y asombrados los hombres se preguntaban todavía: *¿Cómo ha desaparecido el templo de AMMON bajo las arenas de los desiertos?*

No faltaba majestad al edificio gótico en donde se juntaban estos grandes vasallos de la muerte, porque los tesoros de la Francia estaban á sus puertas: el Sena pasaba por la extremidad de su llanura: varios parajes célebres llenaban á corta distancia todos aquellos sitios de hermosos nombres y todos aquellos campos de agradables memorias: la ciudad de Enrique IV y de Luis el Grande estaba situada en las cercanías; y el panteón real de *Saint-Denis* se hallaba en el centro de nuestro poder y de nuestro hijo, como un vasto tesoro donde se arrojaban los residuos del tiempo y la superabundancia de las grandezas del reino de Francia.

Allí era donde sucesivamente iban á sumergirse los reyes de la Francia. El último que bajaba á aquellos abismos, quedaba en las escaleras del subterráneo, como para convidar á su posteridad que se descendiese. Sin embargo, Luis XIV esperó un vano á sus dos últimos hijos; porque el uno se precipitó al fondo de la bóveda decaída á su padre en el umbral, y el otro desapareció en una tempestad, como Edipo. ¡Osa digna de eterna meditación! el primer monarca que encontraron los enviados de la justicia divina, fué aquel Luis, tan famoso por la obediencia que le rindieron las naciones. Todavía estaba entero en su stand. En vano parecía que se levantaba para defender su trono con la majestad de su siglo y una retaguardia de diez y ocho siglos de reyes: en vano su aspecto amenazador espantó los enemigos de los muertos, cuando precipitado á un fiso común, cayó sobre el seno de María de Médicis; destruyése todo. El señor, en la efusión de su cólera, había jurado por sí mismo castigar á la Francia: no busguemos sobre la tierra las causas de semejantes acontecimientos; tienen origen más alto.

En el tiempo de Bossuet, apenas podía depositarse en el panteón de aquellos príncipes agra-

dados el cuerpo de madama Enriqueta: "*¡Vano se han estrechado los sepulcros!* exclama el mas diestruente de los oradores: *¡Cuán prontamente llena la muerte estas plazas!*" A vista de las cédas, cuyas olas murmuran aun en aquellas cavidades, se abaten los espíritus con el peso de los pensamientos que los oprimen. El alma se estremece toda al contemplar tanta nada y tanta grandeza. Cuando por una parte se busca una expresion bastante magnífica para pintar lo que hay allí de mas elevado, se ve por otra que el objeto exige el término mas bajo para expresar lo que hay de mas vil. Aquí se abaten las sombras de las envejecidas bóvedas, para confundirse con las de los antiguos sepulcros; allí unas rejas de hierro rodean inútilmente aquellos féretros, sin poder defender á la muerte de los asaltos de los hombres. ¡Benechad el sordo trabajo del gusano del sepulcro, que parece que lila en todas estas tumbas las indestructibles redes de la muerte! Todo anuncia que se descendió al imperio de las ruinas; y al percibir cierto olor de caducidad espandido por aquellos fúnebres depósitos, parece que se respira el polvo de los tiempos pasados.

Lectores cristianos, perdonad las lágrimas que caen de nuestros ojos cuando vagamos en medio de esta familia de san Luis y de Clovis. ¡Si apartando repentinamente la mortaja que los cubre, se enderezaran aquellos monarcas en sus ataudes, y fijaran en nosotros sus centelleantes ojos á la luz de la lámpara sepulcral!... Si, nosotros vemos como que se incorporan todos aquellos espectros veales; distinguimos su linaje, los reconocemos, y nos atrevemos á preguntar á estas majestades del sepulcro: ¡Pueblo real de fantasmás! decidnos: ¿queráis ahora renunciar á trineque de ceñiros una corona? ¿os estimula aún la posesion del trono?... Pero ¿de qué proviene ese profundo silencio? ¿por qué habeis emudecido todos bajo esas bóvedas? Ya veis que vosotros saeudis vuestras cabezas reales, de las que cae una nube de polvo que las cubra; que vuestros ojos vuelven á cerrarse y que os celáis otra vez lentamente en vuestros sepulcros.

¡Ah! si nosotros hubiéramos preguntado á esos muertos campestres, cuyas cenizas visitáramos poco hace, ellos hubieran abierto suavemente los osepdes de sus sepulturas, y saliendo de la tierra, como unos vapores resplandecientes, nos hubieran respondido: Si Dios lo dispone así, ¿por qué no hemos de pasar aun con resignacion algunos dias en nuestras chozas? Nuestro yngo no era tan pesado como el vuestro, y nuestros mismos andores tenían tambien sus dulzuras; cuando los enjuaba una terna esposa, ó la religion los bendecía."

Mas ¿adónde nos han llevado las desordenaciones de esos sepulcros borrados ya de la faz de la tierra? Ya no existen aquellas famosas sepulturas. Los huesos de los poderosos monarcas han servido á los muchachos de juguete: *Saint-Denis* es-

ti desierto; sirve solo á las aves de guarida, la yuiba crece en sus altares destronzados, y en lugar del cántico de la muerte que resonaba dentro de sus bóvedas, solamente se oyen las gotas de la lluvia que caen por su roto y descubierta techo, ó el golpe de alguna piedra que se desprende de sus ruinosas paredes, ó el sonido de su reloj, que va corriendo por los sepulcros vacíos y por los diruidos subterráneos.¹

LIBRO TERCERO.

IDEA GENERAL DEL CLERO.

CAPITULO I.

DE JESUCRISTO Y DE SU VIDA.

Cuando el Redentor iba á aparecer ya sobre la tierra, esperaban las naciones un personaje famoso. "Habiase extendido en el Oriente, dice Suetonio, una constante y antigua tradicion, de que se levantaría un hombre de la Judea y obtendría el imperio universal."² Tácito cuenta el mismo hecho, casi con iguales palabras. Según este historiador, "La mayor parte de los judíos estaban convencidos por un óraulo contado en los antiguos libros de sus sacerdotés, de que en aquel tiempo (el tiempo de Vespasiano) prevaleceria el Oriente, y que una saldría de la Judea y reinaria sobre el mundo."³ Ultimamente, hablando Josefo de la ruina de Jerusalem, refiere que los judíos se determinaron principalmente á la revolucion contra los romanos por una oscura profecía, que les anunciaba que lúcia aquella época se levantaría un hombre de entre ellos y dominaría el universo.⁴

En el Nuevo Testamento hay tambien algunos pasajes de esta esperanza extendida entonces por Israel: la multitud que corre al desierto pregunta á san Juan Bautista si es él el gran Mesias, el Cristo de Dios, esperado largo tiempo, y los discipulos de Emaus quedaron llenos de tristeza

¹ Véase la nota 41 al fin de la obra.

² *Percebrunat Oriente toto etiam et constanti opinione, esse in futu, ut eo tempore Judea á profecti rerum patiretur.* Suet. in Vespas.

³ *Publius persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris continens, eo ipso tempore fore, ut valeret Oriens profectio Judea, rerum patiretur.* Tacit. hist. lib. V.

⁴ Aplicábase á muchas personas; y por lo mismo los historiadores latinos la atribuyeron á Vespasiano.

⁵ *Josec. de Bell. Judaic.*, pág. 1283.

cuando reconocieron que Juan no era el hombre que había de rescatar á Israel. Las setenta semanas de Daniel, ó los cuatrocientos y noventa años después de la restauracion del templo, se habian cumplido ya. En fin, Origenes, después de haber referido todas estas tradiciones de los judíos, añade: "que un gran número de ellos confesaron á Jesucristo por el libertador prometido en los profetas."⁵

Entre tanto preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre. Las naciones desunidas, mucho tiempo habia, en costumbres y gobierno, mantenian enemistades hereditarias: cesa repentinamente el ruido de las armas, y los pueblos reconciliados ó vencidos, vienen á confundirse con el pueblo romano.

Por un lado la religion y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupcion que, produciendo fuertemente las mudanzas por otro los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma comenzaban á esparsirse.⁶ Abráronse de este modo por todas partes los caminos á la nueva doctrina, y una lengua universal iba á propagarla.

Aquel vasto imperio romano se componia de naciones, unas salvajes, otras cultas, y la mayor parte de ellas degradadísimas: la simplicidad de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad, eran medios de salvacion de que usaba el cielo; medios tan eficaces, que dos siglos después de Jesucristo decia ya Tertuliano á los jueces de Roma: "Nosotros empezamos á existir ayer, y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras campiñas, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro: solo os hemos dejado los templos."⁷ *Sola reliquimus templa.*⁸

A la grandeza de los preparativos temporales se juntó el esplendor de los prodigios: los verdaderos oráculos, mucho tiempo habia en Jerusalem, recobraron la voz y las falsas sibilas callaron. Manifestóse una nueva estrella en el Oriente; descendió Gabriel á Maria, y un coro de espíritus bienaventurados cantó por la noche en lo alto de los cielos: *¡Gloria á Dios, paz á los hombres!* Rxtiéndose derepente el rumor de que ha nacido el Salvador en la Judea: ha nacido, sí, mas no entre la púrpura, sino en el humilde asilo de la indigencia; no ha sido anunciado á los grandes y á los soberbios, sino que le revelaron los ángeles á los humildes y á los sencillos; no ha congregado al rededor de su cuna á los afortunados del mundo, sino á los desgraciados; y por este primer acto de su vida se ha declarado con preferencia el Dios de los miserables.

¹ *Orig. cont. Cels.*, pág. 127.

² Véase la nota 42 al fin de la obra.

³ Tertul. Apologet., cap. 37.

Detengámonos aquí para hacer una reflexión. Desde el principio de los siglos vemos que los reyes, los héroes, los hombres famosos, han llegado á ser los dioses de las naciones. Mas hoy aquí que el hijo de un carpintero, en un rinconcillo de la Judea, es un modelo de dolores y de miseria: es públicamente infamado en un suplicio; escoge sus discípulos de entre lo mas humilde de la plebe; predica solo sacrificios, renuncia de las pompas del mundo, del dilette y del poder; prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al hombre sano: todo lo que lora, todo lo que padece, todo lo que está abandonado del mundo y de que hayán los hombres, hace sus diletos: el poder, á la fortuna y á la dicha las amenaza eternamente; trastorna todas las nociones comunes de la moral; establece nuevas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes, una nueva fe pública. De este modo eleva su dignidad, triunfa de la religion de los cesáres, se sienta sobre su trono y llega á sojuzgar la tierra. No se nos persuadirá jamás, aun cuando la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo y aun cuando todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas; no se nos persuadirá, repito, que una religion fundada sobre semejante base, sea una religion humana. El que pudo hacer que se adorase una cruz; el que ha ofrecido á los hombres por objeto del culto la *humanidad paciente y la virtud perseguida*, no puede menos de ser un Dios; nosotros así lo juramos.

Aparece Jesucristo en medio de los hombres, lleno de gracia y de verdad: la autoridad y dulzura de su palabra cautivan. Viene para ser el mas desgraciado de todos los mortales, y hace sus prodigios en favor de los miserables. *Sus milagros*, dice Bossuet, *mas tienen de bondad que de poder*. Para inculcar sus preceptos, escoge el apóstrofo de la parábola, que se graba fácilmente en el espíritu de los pueblos. Sus lecciones las da caminando por los desiertos y validándose de los objetos que se presentan á su vista. Al ver las flores del campo, exhorta á sus discípulos á que esperen en la Providencia que mantiene las débiles plantas y sustenta las avechías: mirando los frutos de la tierra, enseña á juzgar al hombre por sus obras. Presentando un niño, y recomendando la inocencia: hallándose entre los pastores, se da á sí mismo el título de *Pastor de las almas*, y se representa hablando sobre sus hombros la descarriada ovejuela. En la primavera se sienta en la cumbre de una montaña, y saca de los objetos que le rodean motivos para instruir á la multitud que le escuchan: del espectáculo mismo de esta pobreza y desgraciada turba saca sus bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados; bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*, etc. Los que observan sus preceptos y los que los desprecian, son comparados á dos hombres que edifican dos casas, la una sobre la dura roca y la

otra sobre la arena movediza: según algunos intérpretes, mostraba con estas palabras un lugarcillo floreciente en lo alto de una colina, y en la base las cabañas destruidas por una inundación. Cuando pidió el agua á la mujer de Samaria, le pintó su doctrina bajo la bella imagen de una fuente de agua viva.

Los mayores enemigos de Jesucristo jamás han osado impugnar su persona. Celso, Juliano, Volusiano* confiesan sus milagros; y Porfirio cuenta que los oráculos mismos de los paganos le llamaban hombre ilustre por su piedad.¹ Tiberio quiso ponerle en la clase de los dioses: según Lampirio, Severo le habia erigido templos, y Alejandro Severo le reverenciaba con las imágenes de las almas santas, entre Orfeo y Abraham.² Píonio dió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos que seguían de cerca los ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad á quien no se reproche algun vicio: aun los patriarcas tuvieron sus flaquezas; Cristo solo es sin tacha: esta es la mas brillante copia de aquella belleza soberana que reside sobre el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando solo el amor de Dios y de los hombres, é infinitamente superior, por la elevación de su alma, á la vanagloria del mundo, proseguía por medio de los dolores el gran negocio de nuestra salvacion, obligando á los hombres, con el ascendente de sus virtudes, á abrazar su doctrina ó imitar una vida que no podia menos de admirar.³

Su carácter era amable, sencillo y tierno; su caridad sin límites. El apóstol nos da una idea de ella en dos palabras: *Iba haciendo bien*. Su resignacion era la voluntad de Dios resplandeciente en todos los momentos de su vida; amaba y conocia la amistad; era su amigo; por el mayor sentimiento de la vida fue por el que hizo el mayor milagro. Fue tambien un modelo del amor á la patria: *¡Jerusalen, Jerusalen!* exclamaba pensando en la sentencia que amenazaba á esta ciudad culpable, *yo he querido juntar á tus hijos, así como la gallina junta sus pollos debajo su ala, pero tú no lo has querido.*⁴ Echando sus miradas desde lo alto de una colina sobre esta ciudad condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, no pudo contener sus lágrimas: *Vió la ciudad*, dice el apóstol, *y lloró*. No fue menos notable su tolerancia cuando rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pueblo de samaritanos que las habla negado la

1 Fortin. *on the truth of the christ relig.* pag. 218.
2 Orig. *cont. Celso*, I, II, Jul. Ap. Cyril. lib. VI, cap. 3, 4, tom. II.
3 Euseb. *Ann.* III, ev. 3.
4 Tertul. *Apologet.*
5 Lamp. in *Alex. Sev.* cap. 4 y 31.
6 Véase la nota 43 al fin de la obra.

hospitalidad, respondió con indignacion: *No sabes lo que pides.*

Si el hijo del hombre hubiera salido del cielo con toda su virtud y poder, ciertamente que hubiera tenido poco trabajo en practicar tantas virtudes y en sufrir tantos trabajos; mas aquí está la gloria del misterio. Cristo sentía los dolores: entrecíase su corazón como el de un hombre: jamás se le advirtió señal alguna de cólera sino contra la dureza del alma y la insensibilidad. Repetía continuamente: *Amor los unos á los otros*. *Padre mio*, exclamaba estando en manos de los verdugos, *padre mio, perdónalos*, *porque no saben lo que hacen*. Cuando iba á separarse de sus discípulos muy anudado, prorumpió repentinamente en llanto: sintió todos los horrores del sepulcro, todas las angustias de la cruz: un sudor de sangre corrió por sus divinas mejillas; se quejó de que le habia abandonado su padre. Cuando el ángel le presentó el caliz, dijo: *¡Oh padre mio! si es posible, aparta de mí este caliz; pero si debo beberle, hágame tu voluntad!* Entonces fue cuando salieron de su boca aquellas palabras que expresan toda la acerbiada del dolor: *Triste está mi alma hasta la muerte*. ¡Ah! si la moral mas pura y el corazón mas tierno; si una vida pasada en combatir el error y en aliviar los males de los hombres, son los atributos de la Divinidad, ¿quién podrá negar la de Jesucristo? El es el modelo de todas las virtudes; la amistad le ve dormido en el seno de Juan ó encomendando su madre á este discípulo; la caridad lo admira en el juicio de la mujer adúltera, y en todo le encuentra la piedad bendiciendo las tribulaciones del desdichado; su inocencia y su candor se descubren en su amor hacia los niños; la fortaleza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia.

CAPITULO II.

CLERO SECULAR: JERARQUÍA.

Habiendo dado Cristo las últimas instrucciones á sus discípulos, subió al Tabor y desapareció. Desde este momento subsistió la Iglesia en los apóstoles y se estableció á un mismo tiempo entre los judíos y entre los gentiles. San Pedro en solo un sermón convirtió cinco mil hombres en Jerusalem, y San Pablo recibió su misión para las naciones infieles. De allí á poco tiempo el príncipe de los apóstoles echó los cimientos del poder eclesiástico en la capital del imperio romano. ¹ Todavía reinaban los primeros cesáres, y ya andaba al pié de su trono, confundido con la multitud, el sacerdote incógnito que debía reemplazarles en el capitulo. La jerarquía comenzó: Lino sucedió á Pedro, Clemente á Lino,

1 Véase la nota 44 al fin de la obra.

y esta bella cadena de pontífices, herederos de la autoridad apostólica, nos une á Jesucristo y no se ha interrumpido en el trascurso de diez y ocho siglos.²

Con la dignidad episcopal vemos establecerse desde el principio las otras dos grandes divisiones de la jerarquía, esto es, el sacerdocio y el diaconado. San Ignacio exhorta á los de Maguncia á obrar en unidad con su obispo, que tiene el lugar de Jesucristo, con sus sacerdotes que representan á los apóstoles, y con sus diaconos que están encargados del cuidado de los altars.³ Pio, Clemente, Alejandro, Origenes y Tertuliano confirman estos grados.⁴

Aunque no se haya hecho mención de los metropolitanos ó de los arzobispos antes del concilio Niceño, con todo, este símolo habla de aquella dignidad como de un grado jerárquico establecido mucho tiempo habia.⁵ San Atanasio⁶ y San Agustín⁷ citan metropolitanos que existían antes de la época de este concilio. Desde el segundo siglo está calificada León de ciudad metropolitana, y San Ireneo, que era su obispo, gobernaba toda la Iglesia galicana.⁸

Algunos autores han pensado que los arzobispos son tambien de institucion apostólica; y en efecto, Eusebio y San Crisóstomo dicen que Tito, obispo, tenia la superintendencia de todos los obispos de Creta.⁹

Acorda del origen del patriarcado varian las opiniones. Baronio, de Marca y Richerio le hacen subir hasta los apóstoles; mas sin embargo, parece que no se estableció en la Iglesia sino hacia el año de 385, cuatro después del concilio general de Constantinopla.

El nombre de cardenal se dió desde luego indistintamente á los primeros titulares de las iglesias.¹⁰ Como estos cabezas del clero regularmente eran hombres distinguidos por sus virtudes y ciencia, les consultaban los papas los negocios delicados, y vinieron á ser poco á poco el consejo permanente de la santa sede, hasta que pasó á ellos el derecho de elegir soberano pontífice, cuando la comunión de los fieles se hizo demasiado numerosa para poderse congregar.

Las mismas causas de que tuvieron origen los

1 Véase la nota 45 al fin de la obra.
2 Ignat. ep. ad Mago. n. 6.
3 Pius. ep. II. *Mem. Alej. Strom.* lib. VI, pag. 667.
4 Orig. *Hom. II. in sum. Hom. in cantio.* Tertul. de monogam. c. 11. *De Fuga*, 41. *De Baptismo*, cap. 17.
5 Conc. Niceo. can. 5.
6 Athan. de *Sentent. Dionys.* l. 1, p. 552.
7 Aug. *Brevis Collat. tert. die*, cap. 16.
8 Euseb. II. E. lib. V, cap. 23.
9 Usher. de *Orig. Episc. et Metrop. Bevereg. cod. can. civit.* lib. II cap. 6, n. 12. *Hamm. Pref. to Titus* : *Dissert. 4, cont. Blondel*, cap. 5.
10 Euseb. II. E. lib. III, c. 4. *Chrys. Hom. I in Tit.*
10 Hierocourt, *Leyes ecl. de Francia*, p. 205.

cardenales cerca de los papas, prodijeron los canónigos cerca de los obispos; aquellos eran cierto número de sacerdotes que componían la corte episcopal. Aumentándose los negocios de la diócesis, los miembros del sínodo se vieron obligados a repartir el trabajo. Los unos se llamaron vicarios, los otros grandes vicarios, etc., según la extensión de su cargo. El consejo entero tomó el nombre de *cabildo*, y cada consejero el de *canónigo*, que no significa otra cosa que administrador canónico.

Los simples sacerdotes y aun los legos, nombrados por el obispo para la dirección de una comunidad religiosa, dieron origen al orden de los abades. Mas adelante veremos cuán útiles fueron las abadías á las letras, á la agricultura, y en general á la civilización de la Europa.

Las parroquias se formaron en la época en que los órdenes principales del clero se subdividieron. Habiéndose hecho demasiado vastos los obispados para que los sacerdotes de la metrópoli pudiesen llevar los socorros espirituales y temporales á las extremidades de la diócesis, se erigieron iglesias en los campos. Los ministros, destinados á estos templos campestres, tomaron posteriormente el nombre de curas, quizá del latín *cura*, que significa *cuidado*, *fátiga*. El nombre á lo menos no es orgulloso, y se les debió haber exculpado, pues que tan bien llenaban sus condiciones.¹

Además de estas iglesias parroquiales, se construyeron también capillas sobre el sepulcro de los mártires y de los solitarios. Estos templos particulares se llamaban *martyrium* ó *memoria*; y por una idea aun mas dulce y filosófica, se les llamaba también *coemeterios*, por una palabra griega que significa *cueva*.²

En fin, los beneficios eclesiásticos seculares debieron su origen á los *agapas*, ó comida de los primeros cristianos. Cada fiel llevaba algunas limosnas para el sustento del obispo, del sacerdote y del diácono, y para el socorro de los enfermos y extranjeros.³ Hombres riosos, principes, ciudades enteras, dieron después tierras á la Iglesia, en lugar de aquellas limosnas inciertas. Distinguidos estos bienes en diferentes porciones por el consejo de los superiores eclesiásticos, tomaron el nombre de prebendas, canonicatos, encanonicadas, beneficios curados, beneficios servidores, simples ó claustrales, según los grados jerárquicos del administrador á cuyo cargo se confiaron.⁴

En cuanto á los fieles en general, todo el cuerpo de cristianos primitivos se distinguía en cre-

gentes ó *fieltes* y en *catecúmenos*.⁵ El privilegio de los *creyentes* era el de ser recibidos á la santa mesa, asistir á todas las oraciones de la Iglesia, y pronunciar la dominical,⁶ que San Agustín llama por esta razón *oratio fidelium*. Los *catecúmenos* no podían asistir á todas las ceremonias, sino tratadas de los misterios delante de ellos sino con parábolas oscuras.⁷

El nombre de lego se inventó para distinguir al hombre que no estaba dentro de los órdenes del cuerpo general del clero. El título de *alérgo* se formó al mismo tiempo; *laici* se lee á cada página en los antiguos autores. Usábase á la denominación de *eclesiástico*, así para hablar de los cristianos por oposición á los gentiles como para designar el clero con relación á los demás fieles. Finalmente, el título de *católico* ó universal se atribuyó á la Iglesia desde su nacimiento. Eusebio, Clemente Alejandro y San Ignacio lo testifican.⁸ Habiendo preguntado Policarpo, el juez, á Pionas, mártir, de que Iglesia era, le respondió el confesor: *De la Iglesia católica, porque Jesucristo no conoce otra*.⁹

No olvidemos en la descripción de esta jerarquía, que la compara san Jerónimo á la de los ángeles; no olvidemos, digo, los caminos por donde se hizo célebre la sabiduría y fortaleza de la cristiandad, es decir, los concilios y las persecuciones. «Traed á vuestra memoria, dice La Bruyere, aquel grande y primer concilio en que cada uno de los padres que lo componían, se distinguía por algunos miembros mutilados, ó por las cicatrices que les habían quedado de los furros de la persecucion; parecia que sus tribulaciones les daban derecho para sentarse en aquella asamblea general de toda la Iglesia.»¹⁰

¡Deplorable espíritu de partido! Voltaire, que manifiesta con frecuencia horror á la sangre y amor á la humanidad, intenta persuadir que hubo pocos mártires en la primitiva Iglesia; y como si jamás hubiera leído los historiadores romanos, llega casi hasta negar aquella primera persecucion de que nos ha hecho Tácito tan espantosa pintura. El autor de Zaira, que conoce el poder de la desgracia, temió que los ángeles se moviesen con la descripción de los sufrimientos de los cristianos, y quiso arrancárselos aquella corona del martirio que tan interesantes les hacía

1 Eus. *Demonst. Evang.* lib. VII, cap. 2.

2 Const. Apost. lib. VIII, cap. 8 y 12.

3 Theod. Epist. div. dogm. cap. 24. Aug. *Serm. ad Neophytos*, in appen. t. X, p. 845.

4 Eus. lib. V, cap. 7; lib V, cap. 27. Cyrill. *cathec.* lib. 5, n. 4.

5 Eus. lib. IV, cap. 15. Clem. Alej. *Strom.* lib. VII.

6 Ign. cap. ad Smyrn. n. 8.

7 Act. Pion. ap. Bar. an. 254, n. 9.

8 En su obra intitulada *Ensayo sobre los costumbres*. Véase la nota 46 al fin de la obra.

á los corazones sensibles, y arrebatárselos aun hasta la gracia de sus llantos.

Ya hemos hecho la descripción de la jerarquía apostólica; juntada á ella el clero regular, de que vamos á hablar luego, y tendremos la Iglesia entera de Jesucristo. Nos atrevemos á decir que ninguna otra religion sobre la tierra ha manifestado un sistema semejante al suyo, de prudencia, beneficios, providencia, fortaleza, mansedumbre y leyes morales y religiosas. Ninguna cosa hay mas sabiamente ordenada que estos grados que, empezando por el último cantor de la aldea, van elevándose hasta llegar á su cumbre, cual es el trono pontificio que sostienen y los sostiene á ellos. De este modo y por sus diferentes órdenes, entendía la Iglesia en todas nuestras necesidades; y al paso que todos los beneficios magníficos, esto es, las artes, letras, ciencias, legislación, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, y las fundaciones piadosas, nos venían por medio de las clases superiores de la jerarquía, las obras menudas, por decirlo así, de la caridad y de la moral se difundían por medio de los grados inferiores, á las últimas clases del pueblo. Si antiguamente fué pobre la Iglesia, desde el primero hasta el último escalon, consistió en que toda la cristiandad fué tan indigente como ella; mas no se debía exigir que el clero hubiese quedado en su misma indigencia cuando se iba aumentando la opulencia al redor de él. Entonces hubiera perdido toda su estimación; ciertas clases de la sociedad se le hubieran hecho incesables, y sustraído de su autoridad moral. La cabeza de la Iglesia era principe, para poder hablar á los principes; los obispos, yendo al igual con los grandes, se atrevían á instruirlos en sus deberes; los sacerdotes seculares y regulares, libres de las necesidades de la vida, se mezclaban con los ricos y purificaban sus costumbres; y últimamente, el simple párroco se acercaba al pobre, á quien por su destino debía aliviar con sus beneficios y consolar con su ejemplo.

No queremos decir por esto que el mas indigente sacerdote no pudiese también instruir á los grandes del mundo y excitarlos á la virtud; mas no podía familiarizarse con ellos como el clero superior, ni usar de un lenguaje que entendiesen perfectamente. Aun la estimación misma de que gozaba, venia en parte de los órdenes superiores de la Iglesia; además, que conviene de todos modos á los grandes pueblos tener un culto magnífico y altares donde el miserable pueda encontrar socorro.

Por otra parte, ninguna cosa hay mas excelente en la historia de las instituciones civiles y religiosas, que todo lo concerniente á la autoridad, obligaciones é investidura del prelado entre los cristianos. En ellas se descubre la perfecta imagen del pastor de los pueblos y del ministro de los altares. Ninguna clase de hombres ha honrado mas á la humanidad que la de los obispos,

y en ninguna otra pudiera encontrarse tampoco mas virtudes, mas grandeza ni mas ingenio.

El jefe apostólico no debía tener defecto alguno corporal, y ser tan irreprochable como aquel sacerdote que describe Platon en sus *Leyes*. Siendo elegido por el pueblo, era tal vez el único magistrado legal que existiese en los tiempos bárbaros; y como esta dignidad augusta llevaba consigo una inmensa responsabilidad, así en esta vida como en la otra, estaba distante de ser solicitada ó pretendida. Los Basiliens y los Ambrosios huían al desierto, temiendo ser elevados á un ministerio cuyos cargos espantaban aun á sus virtudes mismas.

No solamente tenia obligación el obispo de cumplir sus deberes religiosos, como enseñar la moral, administrar los sacramentos y conferir las órdenes, sino que cargaba también sobre él el peso de las leyes civiles y de los debates políticos, como el apaciguar un príncipe, evitar una guerra, defender una ciudad. El obispo de Paris, en el noveno siglo, salvando con su valor la capital del reino, acaso impidió que la Francia entera cayese bajo el yugo de los normandos.

«Era tal el consentimiento, dice Horicout, de que la obligación de recibir á los extranjeros era un cargo del episcopado, que quiso san Gregorio, antes de consagrar á Florentino, obispo de Ancona, se expresase si había sido por imposibilidad ó por avería el no haber ejercitado hasta entonces la hospitalidad con los extranjeros.»¹¹

Se exigía del obispo que aborreciese el pecado, mas no al pecador; que sostuviese al débil y tuviera un corazón paternal con los pobres.¹² Con todo, debía guardar cierta medida en sus dones, para no fomentar alguna profesion peligrosa ó inútil, como los farsantes y cazadores; siendo hasta entonces la hospitalidad con los extranjeros.¹³

Si el obispo tenía partidos pobres, le era permitido que los profesase el extraño, mas no que los enriqueciera; «porque, dice el canon, debe atender en semejante caso á su indigencia, mas no á la vinculación de la sangre.»¹⁴

Y sería extraño que con tanta virtud se concilianen los obispos la veneracion de todos los pueblos? Inclínabase la cabeza para recibir su bendición; cantábase á su vista el *Hosanna*; llamábaseles *muy santos*, *muy amados de Dios*, siendo estos títulos tanto mas magníficos, cuanto mas justamente los habían adquirido.

Civilizadas ya las naciones, pudieron atender mejor los obispos al desempeño de sus cargos re-

1 *Leyes ecl. de Franc.*, p. 751.

2 *Id. ib.*, can. *Odio*.

3 *Leyes ecl. de Franc.*, loc. cit.

4 *Id. ib.*, can. *Don. qui constituribus*.

5 *Id. ib.*, p. 742, can. *Est probanda*.

1 San Atanasio, en su segunda apología, dice que en su tiempo había ya diez iglesias parroquiales establecidas en el Misreotis, que dependía de la diócesis de Alejandría.

2 Fleury, *Hist. ecl.*

3 S. Just. Apol.

4 Hieric. *Leyes ecl.*, p. 204-13.

ligiosos; gozaron de los bienes que habían hecho a los hombres, y procuraron todavía dispensárselos, aplicándose más particularmente a conservar la moral, a las obras de caridad, y a los progresos de las letras. Sus palacios se hicieron centro de la urbanidad y de las artes. Llamados por sus soberanos al ministerio público y condecorados con las primeras dignidades de la Iglesia, desplegaron sus talentos, causando admiración a la Europa. Hasta estos últimos tiempos han sido los obispos de Francia ejemplo de moderación y de doctrina; y aunque es verdad que pudieran alegarse algunas excepciones, con todo eso, mientras que los hombres no sean insensibles a las impresiones de la virtud, no dejarán de acordarse que mas de sesenta obispos católicos fugitivos han vagado por los pueblos protestantes, y que no obstante las preocupaciones de religión, y las que suelen concebirse contra el desgraciado, se han comedido la veneración y respeto de aquellos pueblos; que el discípulo de Lutero y de Calvino ha sido a él predicar en algun retiro oscuro, al prelado romano desterrado, el amor de la humanidad y el pardon de las injurias; y se acordarán, en fin, que tantos nombres Ciprianos perseguidos por su religión, y tantos animosos Crisóstomos se han despojado del título que causaba sus combates y su gloria, a la simple insinuación de la cabeza de la Iglesia. ¡Dichosos ellos que con su prosperidad primera han sabido sacrificar a la paz de su rebaño el brillante mérito de doce años de infortunio!

En cuanto al clero inferior, no hay duda alguna que a él se le debían aquellas buenas costumbres que quedaron y se hallaban aun en la multitud, tanto de las ciudades como de los campos. El rústico sin religión es una bestia feroz, sin freno alguno de educación ni de respeto humano: una vida penosa ha exporado su carácter; la propiedad le ha quitado la inocencia del salvaje; es tímido, grosero, desconfiado, avaro, y mas que todo ingrato; pero por un asombroso milagro, este hombre naturalmente perverso viene a hacerse excelente en manos de la religión. Su fiereza se trunca en valor, su inclinación infiel en una fidelidad incontestable, su ingratitude en un agradecimiento sin límites, y su desconfianza en una confianza absoluta. Comparad aquellos aldeanos impios que profanaban las iglesias, destruían las propiedades, quemaban a fuego lento las mujeres, sacerdotas y niños; comparadlos a los de la Vendée defendiendo el culto de sus padres, y siendo ellos solos libres cuando la Francia estaba humillada bajo el yugo del terror; comparadlos, y hallaréis la diferencia que estableció la religión entre los hombres.

Es verdad que se ha culpado a los curas de preocupaciones de estado ó de ignorancia; pero sobre todo, la simplicidad del corazón, la santidad de la vida, la pobreza evangélica, la caridad de Jesucristo, les constituía uno de los órdenes mas

respetables de la nación. Viéronse muchos que mas que hombres parecían unos espíritus benéficos bajados del cielo para socorrer a los miserables. ¿Cuántas veces se privaron del sustento por dársele a los necesitados, y se despojaron de sus propios vestidos para cubrir al desnudo? ¿Y habrá quien se atreva a reprehender a tales hombres alguna severidad en la opinión? ¿Quién de nosotros, soberbios filántropos, querría que en el rigor del invierno se le despetase a la media noche, para administrar los sacramentos, en lo mas distante de los campos, al moribundo que espiraba tendido sobre la paja? ¿Quién de nosotros querría tener continuamente partido el corazón de dolor con el espectáculo de la miseria, sin poderla socorrer, viéndose rodeado de una familia que demuestran el ardor de su hambre y de todas las necesidades? ¿Quién de nosotros querría acompañar a los curas de París, a aquellos ángeles de la humanidad, a la mansion del crimen y del dolor, para consolar al vicioso bajo las formas mas despreciables, é infundir la esperanza en un corazón desesperado? En fin, ¿quién de nosotros querría separarse del mundo de los dichosos para vivir eternamente entre los sufrimientos, y en muriendo, no recibir por tantos beneficios sino la ingratitude del pobre y la calumnia del rico?

CAPITULO III.

CLERO REGULAR: ORIGEN DE LA VIDA MONÁSTICA.

Si, como pudiera creerse, es cierto que una cosa sea poéticamente bella en razon de la antigüedad de su origen, es preciso confesar que la vida monástica tiene derecho a nuestra admiración, y presto que sube hasta las primeras edades del mundo. El profeta Elias, huyendo de la corrupción de Israel, se retiró a lo largo del Jordán, donde con algunos discípulos se mantenía de yerbas y raíces. Sin necesidad de recorrer la historia de los tiempos anteriores, nos parece bastante maravilloso este origen de las órdenes religiosas. Con que entusiasmo lo hubieran pintado los poetas de la Grecia si hubiesen encontrado por fundador de los sagrados colegios un hombre arrebatado al cielo en un carro de fuego, y que había de aparecer otra vez sobre la tierra en el día de la consumación de los siglos?

Desde Elias descendiendo la vida monástica por una herencia admirable a Eliseo, los profetas y san Juan Bautista hasta Jesucristo, que huyeron frecuentemente del mundo, iba a hacer oración sobre las montañas. Los *terapeutas* abra-

1 Voltaire se refiere a Escabio, que tiene (dice) a los *terapeutas* por monjes cristianos. Escabio existió en tiempos mas inmediatos a estos monjes que Voltaire, y estaba ciertamente mas versado que él en las antigüedades

zando muy poco tiempo después la perfeccion en el retiro, dieron origen del lago de Meris en Egipto los primeros modelos de los monasterios cristianos: en fin, bajo san Pablo, san Antonio y san Pacomio, aparecieron aquellos famosos solitarios de la Tebaida que llenaron el Carmelo y el Líbano de todos los ejemplares de la penitencia. Levantóse una voz de gloria y de admiración de los mas espantosos soledades; mezclábase místicas divinas con el ruido de las cascadas y de las corrientes; los serafines visitaban al ermitaño de la caverna, donde arrobaban su alma resplandeciente sobre las nubes; los leones le servían de mensajeros y los cuervos le llevaban el celestial maná. Las ciudades envidiosas vieron decaer su reputacion antigua, y entonces fué cuando ebró fama el desierto.

Caminando así de maravilla en maravilla, en el establecimiento de la vida religiosa, encontramos otra suerte de principios ó orígenes, que llamamos *leales*; esto es, ciertas fundaciones particulares de órdenes y conventos, que no son menos curiosos ni menos agradables que los primeros. Ved, pues, a las puertas de Jerusalem un monasterio construido sobre el solar de la casa de Pilatos; en el monte Sinaí el convento de la *Transfiguración*, que señala el formidable lugar en que Jehovah dió sus leyes a los hebreos; y mas allá, otro convento erigido sobre la montaña donde Jesucristo desapareció de la tierra.

¿Qué cosas tan admirables nos muestra el Occidente en la fundación de los conventos, monumentos de nuestras antigüedades galicanas, sitios consagrados por acontecimientos importantes ó por actos de humanidad! La historia, las pasiones del corazón y la beneficencia se disputan igualmente el origen de nuestros monasterios. Ved en aquella garganta de los Pirineos el hospital de Boncesalles, que edificó Carlomagno en el mismo sitio en que la fiada de los caballeros de Francia, Rolando, terminó sus grandes hazañas: un asilo de paz y de socorro denota dignamente el sepulcro de aquel valoroso campeón, que defendió al huérfano y murió por su patria. En las llanuras de Boves, delante de aquel pequeño templo del Señor, aprendo yo a menospreciar los areos triunfales de los Maris y de los Cesáres; yo contemplo con entusiasmo aquel convento que vivió con asombro a un rey de Francia proponer la corona al mas digno. Mas si gustais de otra clase de ideas, ved a una mujer de Albion sorprendida por un sueño misterioso, pareciéndola que veía la luna que se inclinaba hacia ella; que después la nace una hija tan casta y melancólica como la antorcha de la noche, la cual fundando un monasterio llega a ser el astro maravilloso de la soledad.

dos cristianos. Montfaucon, Fleury, Hericourt, Heloyt y otros muchos autores sabios, se adhieren a la opinion del obispo de Cesarea.

Se nos tacharia de que intentáramos sorprender el oído con dulces sonidos, si refiriésemos todos los conventos de *Aqua-Bella*, *Bel-Monte*, *Vallombrosa*, ó de la *Colomba*, llamado así porque su fundador, como paloma celestial, vivía en el centro de los bosques. ¿Habrá quien nos diga que la Trapa y el Paréleto no estaban llenos de los nombres y de la memoria de Comines y Holota? Preguntad al rústico de la antigua Neustria ¿qué monasterio es aquel que se descubre en la cumbre de la colina? Ellos responderán: "Aquel" "es el priorto de los *dos montes*. Lo explicaba "ré: un joven caballero se enamoró de una señora; "norita, hija del abate del castillo de Malmain; "consintió este en dársela, siempre que pudiese "llevarla hasta lo alto del monte. Aceptó el "caballero el partido, y cogiendo con ella, subió "hasta la cumbre de la colina; pero al llegar a "ella, murió de fatiga; penetrada de dolor la señora, "norita, fué también al instante; y entonces "los padres los enterraron juntos en aquel sitio, "y fundaron en él el priorto que veis."

Últimamente, los corazones tiernos, así como los antiguos y los poetas, tendrán en los diversos orígenes de nuestros conventos con que satisfacerse. Ved aquellos retiros de la caridad con el nombre de *perigrinos*, *agonizantes*, *hospitalarios*, *leales*, *heremitas*, *espíritus*, etc., y notad, si es posible, en el largo catálogo de las miserias humanas, una sola enfermedad de alma ó cuerpo para la cual no haya fundado la religión su lugar de hospedaje, de alivio y de consuelo.

Por lo demás, es constante que las persecuciones de los romanos contribuyeron por de contado a poblar las soledades: los bárbaros inundaron después el imperio, y habiendo roto todos los vínculos de la sociedad, no quedó a los hombres mas esperanza que Dios ni otro refugio que los desiertos. Se formaron congregaciones de desgraciados en las selvas y en los sitios mas inaccesibles. El salvaje posicia las llanuras fértiles que no sabía cultivar; pero al mismo tiempo habitaba sobre las áridas cimas de los montes otro mundo, que en aquellas rocas escarpadas había salvado, como de un segundo diluvio, las reliquias de las artes y de la civilización; y así como las llanuras corren desde los sitios elevados para fertilizar los campos, del mismo modo descendieron poco a poco de sus alturas los primeros anaoretas, para llevar a los bárbaros la palabra de Dios y las dulzuras de la vida.

Acaso se dirá que no existiendo ya entre nosotros las causas que dieron principio a la vida monástica, han venido a ser en el día los conventos unos retiros inútiles. ¿Pero cuándo han cesado estas causas? ¿Por ventura no hay ya huérfanos, no hay enfermos, ni caminantes ni desgraciados? ¡Ah! desvaneciéronse, es verdad, los males de los tiempos bárbaros; pero la sociedad, tan hábil en atormentar los espíritus y tan ingeniosa en el dolor, ha sabido muy bien produ-

dir otros infinitos motivos de adversidad que nos arrastran al retiro. ¡Cuántas pasiones frustradas, cuántos ocultos sentimientos descubiertos, cuántos disgustos amargos nos sacan todos los días fuera del mundo! Bellísima cosa era ciertamente encontrar en estas casas religiosas un asilo solitario y seguro contra los golpes de la fortuna y contra las borrascas del corazón. Una huérfana abandonada de la sociedad en una edad en que la belleza ó inocencia son halagadas con seducciones crueles, sabía á lo menos que allí tenía un asilo donde no se abusaría de su sencillez. ¡Qué dale era á esta pobre huérfana extranjera oír resaca en sus oídos el tierno nombre de hermana! ¡Qué numerosa y apacible familia acababa la religión de darle! Un padre celestial le abría su casa y la recibía en sus brazos.

Muy hábilra filosofía y erasmística política es querer obligar al desgraciado á que viva en medio del mundo. Los hombres no han tenido reparo en hacer comunes sus placeres y deleites, pero la adversidad tiene un egoísmo más noble: siempre se oculta para gozar de los suyos, que son las lágrimas. Si hay lugares destinados para la salud del cuerpo, ¿por qué no permitirles que los tenga también la religión para la sanidad del alma, que está mucho más sujeta á enfermedades, y enfermedades mucho más dolorosas, mucho más largas y mucho más difíciles de curar?

Muchos han proyectado que se fundasen retiros nacionales para los que lloran. ¡Ciertamente que estos filósofos conocen á fondo la naturaleza, y pueden gloriarse de habérselos revelado los sentimientos del corazón humano! Esto es decir que quieren contar la desgracia á la piedad de los hombres, y poner las tribulaciones bajo la protección de una caridad superior á la nuestra para aliviar la indignidad de una alma desgraciada; Mas solo es bastante rico para socorrerla.

Se le acude hacer un gran servicio á los religiosos y religiosas precisándoles á abandonar sus retiros; pero ¿qué ha venido á suceder? Las mujeres que han podido encontrar asilo en los conventos extranjeros, se han refugiado á ellos con alegría; otras se han reunido entre sí para formar monasterios en medio del mundo; muchas han muerto de pesar; y los de la Trapa, tan dignos de compasión, lejos de aprovecharse de los encantos de la libertad y de la vida, han ido á proseguir sus maceraciones á los matorrales de la Inglaterra y á los desiertos de la Rusia.

Es preciso hacernos cargo que no todos hemos nacido igualmente para manejar la azada ó el mosqueo, y que hay hombres de una delicadeza particular, que han sido formados para el trabajo mental, así como otros para el corporal. No, no lo dudemos, hay en nuestro corazón mil motivos que nos inclinan á la soledad: unos son llevados á ella por un espíritu dado á la contemplación; otros, por cierto pudor temeroso, gustan

habitar dentro de sí mismos, y hay, en fin, algunas tan excelentes, que buscando en vano por la naturaleza dignos objetos con quienes unirse, se ven al parecer condenadas á una especie de virginidad moral ó de viudez eterna.

Para estas almas solitarias principalmente había erigido la religión sus retiros.

CAPITULO IV.

DE LAS CONSTITUCIONES MONÁSTICAS.

Débase entender que no es la historia particular de las órdenes religiosas la que escribimos, sino únicamente su historia moral.

Así que, sin hablar de san Antonio, padre de los cenobitas, de san Pablo, primer ermitaño, ni de santa Simplicia, fundadora de los monasterios de monjas; sin detenernos en el órden de san Agustín, que comprende todas las comunidades conocidas bajo el nombre de regulares; en el de san Basilio, que encierra todos los religiosos y religiosas del Oriente; en la regla de san Benito, que reúne la mayor parte de los monasterios occidentales, ni en la de san Francisco, observada por los órdenes mendicantes, comprenderemos estos de los religiosos en una pintura general, donde procuráremos describir sus usos, hábitos, vida activa y contemplativa, y los innumerables servicios que han hecho á la sociedad.

Pero ante todas cosas no podemos menos de hacer una observación, y es que hay personas que, ó ya sea por ignorancia ó por preocupación, desprecian aquellas constituciones bajo las cuales han vivido por muchos siglos un gran número de cenobitas. Este desprecio nada tiene de filosófico, y mas en un tiempo en que se precian de conocer y estudiar á los hombres. El religioso que sin mas auxilio que un cilicio y un saco ha llegado á juntar bajo sus leyes muchos millares de discípulos, no es un hombre ordinario; y los medios de que se ha valido y el espíritu que domina en sus instituciones, merecen la pena de examinarse.

Sin duda es digno de notar que entre todas las reglas monásticas hayan sido siempre las más rígidas mejor observadas. Los cartujos han dado al mundo el único ejemplo de una congregación que ha existido setecientos años sin necesidad de reforma. Esto prueba que cuanto más combate el legislador las inclinaciones naturales, tanto más asegura la duración de su obra: por el contrario, aquellos que pretenden originar sociedades empleando las pasiones como materiales del edificio, son semejantes á los arquitectos que construyesen palacios con un género de piedra que se deshiciese á la impresión del aire.

Los órdenes religiosos bajo de muchos respectos no han sido más que unas sectas filosóficas muy semejantes á las de los griegos. En los primeros tiempos eran llamados filósofos los mon-

jes, porque usaban del mismo traje, imitaban sus costumbres, y aun algunos habían escogido por única regla el manual de Epicteto. San Basilio fue el primero que estableció los votos de pobreza, castidad y obediencia, cuya ley es verdaderamente profunda; y si se reflexiona sobre ella, se echará de ver que todo el ingenio de Licurgo está comprendido en estos tres preceptos.

En la regla de san Benito se prescriben, digámoslo así, hasta las menudencias de la vida, como la oración, cama, sustento, paseo, conversación, etc. A los débiles se les daban trabajos delicados, y mas pemosos á los robustos; en una palabra, la mayor parte de estas leyes religiosas describen un conocimiento increíble en el arte de gobernar á los hombres. Platon no hizo otra cosa que soñar repúblicas, pero jamás pudo fundar ninguna. San Agustín, san Basilio y san Benito sí que han sido verdaderos legisladores, y patriarcas de muchos grandes pueblos.

En estos últimos tiempos se ha declamado mucho contra la perpetuidad de los votos; pero no es imposible encontrar en su favor poderosas razones sacadas de la naturaleza de las cosas y de las necesidades mismas de nuestra alma.

Lo que principalmente hace á los hombres desgraciados, es su inconstancia y el abuso de este libro albedrio que causa á un mismo tiempo su gloria y sus males, y causará también á muchos su condenación. Fluctúan siempre de sensación en sensación, de pensamiento en pensamiento; sus amores tienen la misma movilidad que sus opiniones, y sus opiniones la misma inestabilidad que sus amores. Esta inquietud abisma al hombre en una miseria de que no puede salir sino con ayuda de una fuerza superior le liga á un objeto solo. Entonces se le ve arrastrar alegremente su cadena, pues aunque infiel, aborrece no obstante la infidelidad; de manera que el artesano, por ejemplo, es mas dichoso que el rico desocupado, porque está sujeto á un trabajo imperioso que le quita toda ocasion de desear ó de inconstancia. La misma sumision al poder constituye la felicidad de los niños, y la ley que prohibe el divorcio, tiene menos inconvenientes para la paz de las familias, que la que le permite.

Los antiguos legisladores reconocieron esta necesidad de imponer al hombre algun yugo, y así es que las repúblicas de Licurgo y de Minos no eran mas en realidad que una especie de comunidades donde se encontraba ligado el hombre, desde su nacimiento, con votos perpetuos. Allí se veía condenado el ciudadano á una existencia uniforme y monótona, y sujeto á reglas molestísimas, que se extendían aun hasta su alimento y descanso; no podia disponer ni de las horas, ni de las edades de su vida; se le exigía un sacrificio riguroso de sus gustos; tenía precision de amar, de pensar y de obrar segun el tenor de la ley; en una palabra, se le había sustraído la voluntad para hacerle dichoso.

El voto perpetuo, es decir, la sujeción á una regla invariable, lejos de sumergirnos en el infortunio, es por el contrario una disposición favorable para nuestra felicidad, mayormente cuando este voto no tiene otro fin que el de defendernos contra las ilusiones del mundo, como en las órdenes monásticas. Las pasiones no se rebelan regularmente contra nuestros corazones hasta los cuatro; lustros á los cuarenta años están ya extinguidas ó desengañadas; de manera que el juramento indisoluble nos priva cuando mas de algunos cuantos años de deseos, para hacernos después dichosos, y para arrancarnos en el resto de nuestros días de los pesares y de los remordimientos. Además, que si se ponen en balanza los males que producen las pasiones y los breves instantes de alegría que nos dan, veremos que el voto perpetuo es todavía, aun en el tiempo mas florido de la juventud, un grande y efectivo bien.

Supongámonos, por otra parte, que una religiosa pudiese salir de su claustró cuando quisiese. ¿Sería acaso por esto mas dichosa? Con pocos años de retiro que hubiese tenido, encontraría mudada la faz de la sociedad. En el espectáculo del mundo, si volvemos un instante la vista, halláremos que se truecan las decoraciones, se destruyen los palacios; y cuando volvamos los ojos á la escena, no percibimos más que desiertos y actores desconocidos.

Veríamos incesantemente que la leona del mundo se introduce por capricho en los conventos, y que sale tambien de ellos por capricho. Los corazones agitados no subsistirían mucho tiempo cerca de los apacibles para participar alguna cosa de su reposo, y los tranquilos perderían muy pronto su calma con el trato de los corazones turbulentos. En lugar de sufrir en claustró sus sentimientos pasados al abrigo de los muros, serían los desgraciados confundidos recíprocamente sus naufragios, y acaso provocando aun á arrostrar los escollos. Si fuese mujer del mundo y mujer de la soledad, la infiel esposa de Jesucristo nada propia sería para la soledad ni para el mundo: este flujo y reflujo de las pasiones, estos votos alternativamente hechos y quebrantados, desterrarían de los monasterios toda paz, toda subordnación, toda decencia; y estos retiros sagrados, lejos de ofrecer un puerto seguro contra nuestras inquietudes, no serían mas que unos lugares adonde viniésemos á llorar por un momento los inconstancias de los otros, para incurrir inmediatamente en otras nuevas.

Pero lo que hace muy superior este voto perpetuo de la religión á aquel otro género de voto político del espartano y del griego, es que sabe de nosotros mismos; nadie nos le impone, y da al corazón una compensación inmensa por los afectos terrenos que sacrifica. Todo es grande en esta alianza de una alma inmortal con el principio eterno, porque son dos naturalezas que se conforman y unen. Es cosa admirable ver al hom-

bre que nació libre buscar vanamente la felicidad en su voluntad propia, y fatigado de no hallar sobre la tierra cosa que le sea digna, jurar para siempre con el Señor, y crearse con Dios, con su propio juramento, una necesidad.

CAPÍTULO V.

DESCRIPCION DE LAS COSTUMBRES Y DE LA VIDA RELIGIOSA.—MONGES, CORTOS, MARONITAS, ETC.

Vengamos, pues, á la descripción de la vida religiosa, y establezcamos por deontado un principio. En cualquiera cosa que se encuentre mucho misterio, mucha soledad, mucha contemplación, mucho silencio, muchos pensamientos de Dios, muchas cosas venerables en los hábitos, usos y costumbres, se ha de encontrar abundantemente toda clase de bellezas. Si esta observación es justa, veremos que se aplica maravillosamente al objeto de que tratamos.

Voltramos otra vez á los solitarios de la Tebaida. Estos habitaban en unas celdillas pequeñas, llamadas *laveres*; vestían unos, como su fundador Pablo, ropas de hojas de palmera; otros unos cilicios tejidos de pelo de gacela; algunos, como el solitario Zenon, echaban sobre sus hombros la piel de las bestias salvajes; y el anacoreta Serapion iba envuelto con la mortaja que había de cubrirle en el sepulcro. Los religiosos maronitas en las soledades del Líbano; los eremitas nestorianos extendidos á lo largo del Tigris; los de la Abisinia en las cataratas del Nilo y sobre las costas del mar Rojo, todos observaban una vida tan extraordinaria como los desiertos en que la ocultaban. Al entrar en su monasterio, el monge copto renuncia todos los placeres, consume su tiempo en el trabajo, en ayunos, en oraciones y en la práctica de la hospitalidad; se acostaba en el suelo, duerme pocas instantes, se levanta, y lajo el hermoso firmamento del Egipto hace resonar su voz nocturna en las ruinas de Tebas y de Memfis. Unas veces el eco de las pirámides repite á la sombra de los Farones los cánticos de este hijo de la familia de Josef; otras, canta por la mañana como pláido solitario, las alabanzas del verdadero sol en el mismo sitio en que unas estatuas armoniosas suspiraban la vuelta de la aurora. Allí es donde el busca al europeo extraviado en la investigación de aquellas ruinas famosas; allí donde salvándole de la cuadrilla árabe, le sube á su alta torre, y privándole del propio sustento, se lo franquea á aquel desconocido huésped. Los sabios van muchas veces á visitar las reliquias del Egipto; pero ¿en qué consiste que no imitan á estos monges cristianos á quienes desprecian, ni van á establecerse, en medio de todas las privaciones, en aquellos mares de arena, para dar un vaso de agua al caminante y librarle del alfange del beduino?

Dios de los cristianos, ¿qué cosas has hecho tan

admirables! A cualquiera parte que se vuelvan los ojos, no se ven mas que monumentos de tus beneficios. En las cuatro partes del mundo ha distribuido la religion sus milicias, y ha colocado sus centinelas para la humanidad. El monge maronita, con el sonido de dos planchas de metal colgadas de la copa de un árbol, llama al extranjero á quien ha cogido la noche en los principios del Líbano; aquel pobre é ignorante artista no tiene instrumento mas rico para hacerse oír. El monge abisinio os espera entre los tigres de aquellos bosques; el misionero americano vela sobre vuestra conservación en sus grandes y espesas selvas. Arrojado por el naufragio sobre unas costas desconocidas, veis inmediatamente una cruz sobre las rocas. ¡Infeliz de tí si esta señal de salvacion no te hiciese verter lágrimas! Estás en país de amigos; aquí son cristianos. ¡Tú eres francés, es verdad, y ellos son españoles, alemanes, ó tal vez ingleses; mas ¿qué importa? Pues ellos te reconocerán por hermano; á tí es á quien convidan por medio de la cruz jamás te han visto, pero no obstante te aman, y lloran de gozo al verte libre de los peligros del desierto.

He aquí al caminante de los Alpes que aun no se halla mas que el medio de su carrera. Se acerca la noche, nieva sin cesar; solo, irritable, extraviado, da algunos pasos, y se pierde sin remedio. Vio en efecto la noche, y detenido en el borde de un precipicio, no puede ir adelante ni se atreve á volver atrás. Penétrole muy pronto el frío, entorpecéense sus miembros, un fino sueño agrava sus ojos: sus últimos pensamientos son de sus hijos y de su esposa. Pero ¿qué es esto! no es el sonido de una campana el que hiere sus oídos por entre el ruido de la tempestad? ¿ó es acaso el *doblo* de la muerte el que sus oídos espantada cree oír en medio de las vientos? No; sonido reales son, pero inútiles, porque los pies yertos de este caminante han perdido el movimiento... Otro ruido se empieza á oír: un viento ladra sobre las nieves, se acerca, llega, suelta de alegría un solitario el siguo.

No era bastante haber expuesto mil veces su vida para salvar á los hombre y haberse establecido para siempre en el centro de las mas espantosas soledades, sino que todavía se había de hacer que los animales mismos aprendiesen á ser instrumentos de estas obras sublimes; que se abriesen, por decirlo así, en la ardiente caridad de sus santos dueños, y sus gritos sobre la cumbre de los Alpes proclamasen á los ecos los milagros de nuestra religion.

¡Ah! no se diga que la humanidad sola podía conducir á tales acciones; porque ¿en qué consiste que no se hallan semejantes ejemplares en la bella antigüedad, aunque tan sensible? Se habla de filantropía pues la religion cristiana es una filantropía por excelencia. ¡Inmensa y sublime idea que hace al cristiano de la China amigo

del cristiano de la Francia, al salvaje neófito hermano del monge egipcio! No, no somos extrangeros ya sobre la tierra, no podemos extraviarnos en ella. Jesucristo nos ha restituido la herencia que nos había arrebatado el pecado de Adán. ¡Cristiano! ya no hay océano ni desiertos desconocidos para tí; á cualquiera parte que fueres, hallarás la lengua de tus abuelos y el albergue de tu padre.

CAPÍTULO VI.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.—MONGES DE LA TRAPA, CARTUJOS, MONJAS DE SANTA CLARA, PADRES DE LA REDENCION, MISIONEROS, HERMANAS DE LA CARIDAD, ETC.

Tales son las costumbres y hábitos de algunas órdenes religiosas de la vida contemplativa; pero estas cosas no son en sí mismas tan bellas sino en cuanto están unidas á la oracion y meditacion: quita el nombre y la presencia de Dios de todas ellas, y destruíres casi enteramente todo lo que tienen de maravillosas.

¿Queréis ahora trasladaros á la Trapa y contemplar aquellos monges vestidos con un saco y abriendo con la azada sus mismas sepulturas? Voléis vagar como unas sombras en la grande selva de Mortagne y á la orilla de aquel estanque solitario. Mirad cómo andan guardando un silencio profundo; y si hablan cuando se encuentran, es solamente para decirse: *Hermanos, morir tenemos*. Estas órdenes rigorosas del cristianismo eran unas escuelas de moral en accion, instimadas en medio de los placeres del siglo; ofrecían incesantemente modelos de penitencia y grandes ejemplares de la miseria humana á los ojos del vicio y de la prosperidad.

¿Qué espectáculo el de un monge de la Trapa moribundo! ¡Ah! ¡qué sublime filosofía! ¡qué lección para los hombres! Tendido sobre un poco de paja y ceniza, en el santuario de la iglesia, puestos los hermanos en órden á su rededor y en profundo silencio, los excita á la virtud, entre tanto que la fúnebre campana hace la señal de sus últimas agonias. Regularmente son los virtuosos quienes exhortan al enfermo á dejar animosamente la vida; pero aquí, como cosa mas sublime, es el moribundo quien habla de la muerte. Estando á las puertas de la eternidad, debe conocer mejor que ninguno otro; y con una voz que resuena ya entre los cadáveres y sepulcros, excita con autoridad á sus compañeros y aun á sus superiores á la penitencia. ¿Quién no se enternecería al ver este religioso que vivió tan santamente, dudar aun de su salvacion al acercarse el momento terrible de su último aliento? El cristianismo ha sacado del fondo del sepulcro todas las moralidades que contiene. Por la muerte ha entrado la moral en la vida; si el hombre tal como es hoy después de su caída, hubiese per-

manecido inmortal, acaso no hubiera conocido nunca la virtud!

De esta manera presenta la religion por todas partes escenas las mas instructivas é interesantes: allí unos santos enmudecidos, como si fueran un pueblo encantado por un filtro, practicaban sin hablar los trabajos de la siega y de la vendimia; aquí las hijas de Clara pisan con sus pies desnudos las tumbas heladas de su claustró. Mas con todo eso, no creáis que sean desgraciadas en medio de sus austeridades: sus corazones son puros y sus ojos están fijos en el cielo en señal de deseo y de esperanza. Una ropa tal de lana pasada es preferible á los vestidos sumptuosos comprados á costa de las virtudes; el pan de la caridad es mas sano que el de la prostitucion. ¡Ah! ¡de cuántos pesares librába á estas vírgenes aquel sencillo velo que las ocultaba al mundo!

Confeso verdaderamente que era necesario otro talento que el mio para describir dignamente los objetos que se ofrecen á mi consideracion. El mas bello elogio que podría hacer de la vida monástica, sería presentar el catálogo de los trabajos á que se ha consagrado. La religion, así como una tierra madre, dejándonos á nosotros mismos el cuidado de nuestras alegrías, solo se ha mezclado en el alivio de nuestros dolores; pero en esta obra, tan inmensa como difícil, llamó su ayuda á todos sus hijos ó hijas. A los unos ha confiado el cuidado de nuestras enfermedades como á aquella multitud de religiosos y religiosas destinados al servicio de los hospitales; á los otros los encargó el de los pobres, como á las hermanas de la caridad. El padre de la redencion se embacara en Marsella; mas ¿dónde va así solo con su breviario y su báculo? Este conquistador marcha al rescate de la humanidad y los ejércitos que le acompañan son invisibles. Con la bolsa de la caridad en la mano, corre menospreciando la peste, el martirio y la esclavitud. Hémeos al boy de Argel y le habla en nombre del Rey colonial de quien es embajador. Atónito el bárbaro al ver este extraño europeo que por medio de los mares y de las tempestades se atreve á venir solo á pedirle los cautivos, vendió de una fuerza superior, acepta el oro que le presenta. El heroico libertador, satisfecho con haber restituido los infelices á su patria, oscuro é ignorado, vuelve humildemente á tomar á pié el camino de su monasterio.

Por todas partes se nos presenta el mismo espectáculo: el misionero que parte á la China, encuentra en el puerto á otro que vuelve del Canadá, mutilado y glorioso; la hermana, llamada *sœur-grise* (hermana parda), corre á socorrer al indigente en su choza; el padre capuchino vuela al incendio; el hermano hospitalario lava los pies del caminante; el *agostiniano* consuela al moribundo en su misma cabecera; el que *entierra los*

1 Véase la nota 47 al fin de la obra.

muestras lleva el cuerpo del pobre que ha fallecido; la hermana de la caridad sube hasta el último piso ó estáncía á derramar prodigalmente el oro y el vestido y á inspirar confianza; aquellas hermanas, llamadas con toda razón *hijas de Dios*, traen y llevan de una parte á otra los caldos, las hilas y los remedios; la hija del buen pastor extiende los brazos á la prostituta y exclama diciéndola: "Yo no he venido á llorar á los justos, sino á los pecadores;" el huérfano encuentra padre, el doliente médico y el ignorante maestro.

Todos estos obreros de obras celestiales se apresuran, se animan unos á otros. Atenta al mismo tiempo la religión con una corona inmortal en la mano, les grita: "¡Animo, hijos míos, ánimo; dad prisa, sed mas pronto que los muertos en la carrera de la vida! merced esta corona que os preparo; ella os librará á vosotros mismos de todos los males y de todas las necesidades."

En medio de tantas pinturas, cada una de las cuales merecía volúmenes enteros de descripciones y alabanzas, sobre que escena detendríamos particularmente nuestra consideración? Responde de que ya hemos hablado de aquellos hospitales que la religión ha puesto en los desiertos de las cuatro partes del mundo, fijemos ahora la atención en otros objetos.

No faltan gentes para quienes solo el nombre de capuchinos es un movimiento de burla; pero lo cierto es que un religioso del orden de san Francisco era por lo común un personaje noble y sencillo.

No hemos visto todos á dos de estos hombres venerables caminar por los campos, cerca del día de las ánimas, al acercarse el invierno, ir á pedir la limosna al tiempo de las vendimias? Iban pidiendo hospedaje por las antiguas casas de la orilla de los caminos. Arribaban al anochecer los dos peregrinos á una de ellas, subían la grada, dejaban sus báculos y las alforjas detrás de la puerta, llamaban en el pórtico y pedían la hospitalidad. Si el dueño se negaba á estos huéspedes del Señor, lo hacían una humilde cortesía, se retiraban sin desplegar sus labios, volvían á tomar las alforjas y los báculos, y sacudiendo el polvo de sus sandalias, se iban por entre las tinieblas de la noche á buscar la rústica casilla del labrador. Mas si por el contrario, eran recibidos, después de haberles dado agua para lavarse, al uso de los tiempos de Jacob y de Homero, iban á sentarse al hogar de la casa. Imitando la costumbre de los siglos antiguos, con el fin de congratarse el favor de los señores (y amando también, como Jesús, á los niños), empezaban á acercarse á los de la casa, dándoles estampas y reliquias. Los niños, que asustados al pronto habían huido, atraídos luego de estas maravillas, se familiarizaban hasta jugar entre las rodillas de aquellos buenos religiosos. Sus padres, con una sonrisa llena de ternura, contemplaban estas sencillas

escenas, y el admirable contraste que hacía la graciosa juventud de sus hijos y la cana ancianidad de sus huéspedes.

Por otra parte, la lluvia y la ráfaga de los vientos de los muertos batían por de fuera los bosques deshojados, las chimeneas y las almenas del castillo gótico; el mochueto cantaba sobre el tejado. Al lado de un gran brasero se sentaba la familia á la mesa; el convite era cordial, y los modales afectuosos. La joven señorita de la casa preguntaba con timidez á sus huéspedes, quienes alababan con gravedad su belleza y su modestia. Los buenos religiosos divertían á toda la familia con sus agradables conversaciones: contaban alguna historia que los interesase, porque siempre habían aprendido algunas cosas notables en sus remotas misiones, entre los salvajes de América ó en los pueblos de la Tartaria. Al mirar la larga barba de estos huéspedes, su ropa talar del antiguo Oriente, y al considerar el modo con que llegaron á pedir el hospedaje, se renovaban en la memoria aquellos tiempos en que los Tales y los Anacarsis viajaban de esta manera por el Asia y por la Grecia.

Después de haber cenado, la señora del castillo llamaba á sus sirvientes, y le rogaba á uno de los padres que rezase en comunidad las oraciones acostumbradas; retirábase luego los dos religiosos á sus camas, descaando toda suerte de prosperidades á sus bienhechores. Por la mañana buscaban á los ancianos caminantes; pero ya habían desaparecido, del mismo modo que aquellas santas apariciones que visitan alguna vez al hombre justo en su mansión.

Si ocurría alguna cosa demasiado funesta y sensible, alguna comisión de los que los hombres enemigos de las lágrimas no osarían encargarse, temiendo acibarar sus placeres, inmediatamente se cometa á los hijos del claustro, especialmente á los padres del orden de san Francisco. Se suponía que unos hombres que se habían consagrado á la miseria, debían ser naturalmente los heraldo de la desgracia. Uno debía llevar á aquella familia la desastrosa noticia de la pérdida de su fortuna; otro comunicar la del fallecimiento de un hijo único. El grande Bourdaloue cumplió también esta triste obligación: se presentaba en silencio á la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente y se retiraba sin hablar, así como la muerte de quien era intérprete.

Se creará por ventura que todas estas cosas causarian placeres (hablo de los placeres al estilo del mundo) muy gratos á un fraile descaado, á un carmelita y á un franciscano, cuando en medio de las prisiones tenían que anunciar la sentencia al criminal, oírle, consolarle, y tener los días enteros traspasada el alma con las vistas en esos actos piadosos caer hilo á hilo el sudor de la frente de estos compasivos religiosos, y mojar su

capilla, haciéndola eternamente sagrada, á pesar de las mordaces sátiras de la filosofía. Y con todo eso, ¿qué honor, qué provecho resultaba á estos monges de tantos sacrificios, sino la burla de los mundanos, y aun las injurias de los mismos presos á quienes consolaban? A lo menos por ingratos que fuesen los hombres, ya habían confesado su impotencia para los grandes y tristes acontecimientos de la vida, abandonándose á la religión, único y verdadero socorro en el último grado de la desgracia. ¡Oh apóstol de Jesucristo! de qué catástrofes no eras tú testigo, cuando al lado del verdugo no tenías cubrírte con la sangre de los miserables, siendo su último amigo! Ved aquí uno de los mas sublimes espectáculos de la tierra; á los dos ángulos del cadalso están presentes las dos justicias la humana y la divina; implacable la una y enyugada sobre el cuchillo, está acompañada de la desesperación; la otra, con un velo empapado en lágrimas, se muestra entre la piedad y la esperanza; aquella tiene por ministro á un hombre sanguinario, ésta á un hombre de paz; la una condena, la otra absuelve; inocente ó culpable, dice la primera á la víctima: "¡Muere!" la segunda le grita: "¡Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, sube al cielo."

LIBRO CUARTO.

MISIONES.

CAPITULO I.

IDEA GENERAL DE LAS MISIONES.

Ved aquí todavía uno de aquellos grandes y nuevos pensamientos que son peculiares á la religión cristiana. Los cultos idólatras no conocieron el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Am los antiguos filósofos no abandonaron jamás las alamedas de Academus ni las delicias de Atenas, para ir, llevados de un impulso sublime, á domar la ferocidad del salvaje, instruir al ignorante, sanar al enfermo, vestir al desnudo, y establecer la concordia y la paz entre naciones enemigas: esto, pues, es lo que han hecho los religiosos cristianos y lo que hacen aun todos los días. Ni los mares ni las tempestades, ni los hielos del polo ni los calores del trópico, nada les detiene: viven con los esquimales en su cota de piel de vaca marina; se alimentan de acciotes de ballena con los de Groenlandia; con el tartaro ó el troqués andan por la soledad; montan

en el dromedario del árabe ó siguen al café errante por los abrasados desiertos; los chinos, los japoneses, el indio, han llegado á ser sus neófitos; no hay isla ni escollo en el océano, que haya podido ocultarse á su celo; y así como en otro tiempo faltaban reinos para la ambición de un Alejandro, hoy falta también tierra á la caridad de estos fervorosos conquistadores.

Recordada ya la Europa y viendo en ella estos predicadores de la fe una grande familia de hermanos, volvieron los ojos hacia aquellas remotas regiones, en donde perdían aun tantas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos de compasión al ver esta degradación del hombre, se sintieron con un deseo inmenso de derramar su sangre por la salvación de aquellos extranjeros. Era preciso para esto penetrar espasmosas selvas, atravesar lagunas inabarcables, rios peligrosos, tropar rocas inaccesibles: era preciso arrastrar naciones crueles, sospechosas y llenas de superstición; vencer en unas la ignorancia de la barbarie, y en otras las preocupaciones de la civilización; mas ninguno de estos obstáculos les detenía. Los incógnitos que han abandonado la religión de sus padres, consagraron á lo menos que si el misionero está firmemente persuadido que no hay salvación fuera de la cristiana, el acto por el cual se condena á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios pueden hacerse.

Que un hombre á la vista de todo un pueblo, á la de sus padres y amigos, se exponga á la muerte por su patria, nada tiene de extraño: trueca algunos días de vida por siglos enteros de gloria, ilustra su familia, y la adquiere honores y riquezas. Pero un misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; un misionero que acaba sus días con una muerte espantosa, sin espectadores, sin aplauso, sin ventajas para los suyos; osuro, menoscupido, tratado de loco, de necio, de fanático, y todo esto por dar una felicidad eterna á una salvaje desconocida... ¿Con qué nombre podrá distinguirse esta muerte, este sacrificio?

Conságranse á las misiones diversas congregaciones religiosas: los dominicos, el orden de san Francisco, los jesuitas, los agustinos y los sacerdotes de las misiones extranjeras.

Habia cuatro clases de misiones.

Las misiones de Levante, que comprendían el Arquipélag, Constantinopla, la Siria, la Armenia, la Crimea, la Etiopía, la Persia y el Egipto.

Las misiones de América, empezando desde la bahía de Hudson y subiendo por el Canadá, la Luisiana, las Californias, las Antillas y la Guayana, hasta las famosas reducciones ó poblaciones del Paraguay.

Las misiones de la India, que incluían el Indostan, la península por uno y otro lado del Ganges, y se extendían hasta Manila y las nuevas Filipinas.